

LA ESPERANZA.



I.

Rasgaba la aurora de un hermoso día del mes de Abril las últimas sombras de la noche, cuando los montes, gigantes de la tierra, comenzaban á dibujarse sobre el plácido fondo del firmamento. Fresca la brisa, como lo es siempre en la primavera, resbalaba sobre la superficie de los campos sin impregnarse en sus perfumes y aromas, porque las flores no abrian todavía sus corolas, ni los árboles vestian su traje de esmeralda.

Era la hora en que las aves nocturnas se retiran á sus guaridas; cuando el buho se esconde en el hueco tronco del roble, la lechuza en la grieta del campanario, y el murciélago en el viejo alero de la desierta ermita: hora en que por un contraste tan natural como sabiamente ordenado, despiertan las aves del día, sacuden sus alas humedecidas, y se preparan á entonar armoniosos cantos de amor.

Cantos de amor que instintivamente dirigen al cielo, porque de él les viene la luz que disipa las sombras misteriosas, sombras y luz que hacen exclamar al hombre que las contempla: ¡oh sabia naturaleza que ocultas la luna tras los montes, y enciendes la hoguera del sol que dora las cumbres del Pagazarri y Ganekogorta! ¡oh divino poder que mueve á su antojo esa máquina inmensurable poblada de tantos mundos como luces enseña constantemente á la tierra!

Y sumido en estas reflexiones enderecé mis pasos lentamente hacia el Cadágua, que serpenteaba bullicioso, sin que mis ojos, por la oscuridad que me rodeaba, pudieran descubrirle.

II.

Y á medida que á él me acercaba, las sombras de la noche se descorrían como grandes fantasmas por cima del Serantes y el Ereza, y del célebre monte todo de hierro, Triano.

Y los arreboles del nuevo día derramaban oro y púrpura por la extendida línea del mar.

Y asomó por ella el sol como inmenso globo de fuego, como horno encendido cuyas chispas se convertían en luminosos rayos que cegaban la vista, rodeado, como todo lo grande y majestuoso, de una espléndida diadema de brillantes colores, que poco á poco se desvanecían en la azulada bóveda del cielo.

III.

Cantaban ya las aves en los bosques: las flores abrían sus corolas: los capullos de las plantas crecían al calor del sol vivificante: las mariposas tendían al viento sus pintadas alas: la abeja libaba afanosa el cáliz del romero; y mil insectos de sutiles alas surcaban el espacio en todas direcciones.

En las aguas, plateadas miríadas de diminutos peces abandonaban el oscuro fondo para subir á saludar al refulgente astro, mientras que la madrugadora golondrina, mojado en ellas la azulada punta de sus alas, los espantaba con su movediza sombra. Aves, peces, insectos, flores, toda la vida animal y vegetal se hallaba en pleno movimiento. Solo el hombre, más perezoso que las aves, los peces y los insectos, permanecía encerrado en su hogar, á excepcion de tal cual caminante á quien la noche cubrió con su espeso manto.

Yo, madrugador también, caminé por las orillas del Cadágua, y llegué al pié del Ereza, y hallé una casa blanca como la luna que se había ocultado, y me senté en un banco de césped á cuyo lado se elevaba una blanca cruz de piedra.

Y me sentí soñoliento.

Y me dormí.

Porque el aura, ya tibia por el sol, convidaba al descanso.

Porque el bosque, erizado de siempre verdes madroños, daba sombra amiga al viajero.

Porque el silencio y la paz que allí reinaban, eran amigos de los corazones tiernos y apasionados.

Y soñé todas las bellezas imaginables; y me llevó la fantasía hasta las regiones más sublimes: y en mis delirios vieron mis ojos lo que jamás habían visto; porque el mundo que yo conocía era el mundo real y positivo de las flaquezas humanas.

Y desperté, confuso, pero sobresaltado.

IV.

¡Qué despertar tan horrible! El mundo que acababa de ver en mis sueños se convirtió de repente en otro de realidad espantosa, porque todas aquellas bellezas ideales por mí ignoradas, toda aquella poesía, el encanto que las rodeaba, se desvanecieron como el humo, sin dejar tras de sí la menor huella.

En cambio, ahora veía una horda de seres repugnantes, medio desnudos unos, haraposos todos, formando corro á mi alrededor y bailando báquica y desordenadamente. Quien me escupía en el rostro; quien me abofeteaba; uno enlodaba mis vestiduras con la arcilla todavía reblandecida y mojada por el rocío; otro colocaba en mi cabeza retorcidos haces de punzantes argomas; este se reía á carcajadas, haciéndome las muecas más horribles, y aquel me suspendía en el aire asiéndose de mi rizada cabellera.

Y yo, niño aún, indefenso, abofeteado, víctima del sarcasmo y de la befa, miré por todas partes con llorosos ojos buscando amparo....

Y no le hallé.

Pero recordé que mi madre habitaba el cielo; y con los ojos cerrados por el dolor y el corazón abierto por la Esperanza, le dirigí la más tierna y suplicante plegaria, con la seguridad de que me escucharía, porque las madres son los ángeles de las penas y de las tribulaciones de los hijos.

Y me escuchó.

¿Cómo desoiría una madre el llanto del que vivió en sus entrañas y amamantó en sus pechos?...

V.

Mientras la asquerosa turba huyó espantada y despavorida por los

jarales más espesos y sombríos del Ereza, dando estridentes y prolongados gritos y dejando pendientes de las zarzas girones de sus hediondos harapos, por la verde y pintoresca cumbre del lado opuesto y rodeada de una nube de esplendorosas tintas de zafir y grana, descendió hasta el sitio en que yo me hallaba una excelsa señora que me acogió en sus brazos é imprimió en mis mejillas los besos más cariñosos. Ella me dió los consejos más saludables: ella arrancó de mi frente la venda que alguna vez ofuscó mi inteligencia: ella me habló de mi madre tierna y cariñosamente.

Al separarse de mi lado y remontarse á la region etérea donde moraba; cuando yá mis ojos, preñados por las lágrimas, apenas podían distinguirla, torné la vista hácia la blanca cruz de piedra que se alzaba á mi lado, y sobre ella leí esta palabra formada con brillantes chispas de esmeraldas:

E S P E R A N Z A

Hoy, aunque cubierta mi cabeza con la nieve del invierno de la vida, no he olvidado este suceso de mi juventud, ni he desconfiado jamás de esta áncora de salvacion, que, con la FÉ y la CARIDAD, forma el emblema más hermoso de las virtudes católicas.

JUAN E. DELMAS.

